

Entonces Sadoc y Eleazar, sin guardar miramiento alguno á la gravedad del acto, se confundieron en la multitud de los espectadores, hablaron algunas palabras con los que al parecer hacian de capataces, y poco despues Eleazar, tornando á su respectivo asiento, dijo á su padre con un tono particular de complacencia:

—Todo está dispuesto.

—Vamos pues, —dijeron á coro el viejo sacerdote y el malvado fariseo.

Un momento despues, Jesucristo, atado de piés y manos, emprendía el camino del Pretorio. Sus débiles y acardenaladas piernas apenas le podian sostener: su rostro se hallaba tan cambiado, tan desfigurado, que muchos al verle, de pronto no le conocieron.

Anás y Onkelos caminaban á su lado afectando una gravedad ridícula. Malco guardaba en sus manos los extremos de las cuerdas y cadenas, con que el Cristo venia amarrado, y seguian á Malco los soldados y la multitud del populacho, enemigo de Cristo.

Esta multitud iba aumentando prodigiosamente, pues que se unia á ella la gente que á aquella hora dirigíase al templo, para acudir al sacrificio de la mañana.

Un silencio sepulcral dominaba por doquier. Aquel silencio acababa de hacer mas imponente el cuadro, como acaba de hacer mas imponente la tempestad que se acerca, el rayo sordo que rasga las nubes, sin producir el trueno que las sacude.

CAPITULO II.

Delante del Pretorio.

La fortaleza Antonia y el palacio de Herodes el Idumeo que habitaba Poncio Pilatos, se hallaban, segun creemos haberlo dicho en otra parte, junto al mismo templo, de modo que aquella servia para defender la suntuosa y rica morada que Dios tenia erigida en Israel.

Poco tuvieron pues que andar los que llevaban á Jesucristo preso, para llegar al punto donde se dirigian.

Mas como presumimos que á nuestros lectores no les desagradará entrar en el pretorio, antes que lleguen allí la nobilísima Víctima y sus rabiosos enemigos, nos anticiparemos al cortejo que acompañaba á Jesucristo, para ponernos desde luego en relacion con el pretor, que desde ahora va á jugar un papel tan principal en la presente tristísima historia.

Si mal no recordamos, en el capítulo sexto del libro idem, hemos dejado á Pilatos en el momento en que abandonaba su cámara Claudia Prócula, despues de haberle hablado en favor de Jesús, y en contra de los malvados judíos que intentaban hacerle morir en un patíbulo, con la muerte infamante de los bandidos y de los asesinos.

Si mal no recordamos tambien, dijimos en dicho capítulo, que Pilatos tenia una horrible pesadilla en el momento que Claudia penetró en la habitacion de su esposo, para ha-

blarle de la recomendacion de la noble Berenice, y tambien si la memoria no nos es infiel, hemos dicho que aquella pesadilla, de la que Prócula librara á su marido despertándole, tenia al Pretor bastante preocupado, pues es sabido la importancia y el crédito que daban los romanos á los sueños.

Pues bien; despues de haber recordado estos antecedentes á nuestros amables lectores, les dirémos que no bien Prócula se hubo marchado de la cámara de su esposo, este hizo todo lo posible para conciliar de nuevo el sueño, pero las palabras de su mujer, y el recuerdo abrumador de la pesadilla, apoderáronse de tal modo de la mente del Pretor, que espantado el sueño huyó de los párpados de Pilatos, dejándole sumido en una inquietud indefinible, en un mal-estar pocas veces experimentado por aquel hombre.

Por una parte las supersticiosas preocupaciones del idólatra le abrumaban terriblemente, y acababa de aumentar su congoja la imposibilidad que notaba, de recordar al menos una idea de las que le afligieran durante su pesadilla. Entonces hubiera podido referir aquella idea á uno de los augures ó adivinos, y este consultando las entrañas palpitantes de una víctima, tal vez le interpretara el sueño, pronosticándole no sé qué sucesos para el porvenir, mas esto era imposible, porque, como hemos dicho, Pilatos no recordaba nada, absolutamente nada de su sueño. Este, pues, no era el menor motivo de su congoja y turbacion; esto no era por cierto lo que menos le preocupaba, por ser cosa averiguada, que no hay nadie mas dado á las ridículas necedades de la supersticion, que aquellos que no tienen religion alguna, ó los que no adoran en espíritu y en verdad al Dios Criador, cuyo Hijo único quiso morir para salvarnos.

Por otra parte, no eran tampoco menor motivo de preocupacion para Pilatos, las palabras que su esposa amada acababa de decirle, acerca los malvados propósitos de los príncipes de los sacerdotes y de los jueces del Sanhedrin. Pilatos conocia perfectamente á Jesucristo y á los enemigos que intentaban hacerle morir; nó desconocia el carácter apacible del Redentor, y el vengativo é insidioso de los que tramaban embustes para conseguir su muerte. Sabia además que las admirables virtudes y divina doctrina de Jesucristo, habian admirado tanto á uno de los que le precedieran en el pretorio, que este, llamado Publio Léntulo, hizo grabar la efigie del Señor en una esmeralda, y la envió á Tiberio, emperador de los romanos, acompañando el retrato del Hijo de Dios, de una carta en la que se referian las virtudes de Jesucristo, y donde se decia al César que el pueblo hebreo le confesaba por Hijo del Altísimo.

Tiberio, pues, tenia formada de Cristo una grande idea, y Pilatos lo sabia perfectamente, lo que acababa de aumentar su malestar, pues veia la difícil situacion en que tal vez iba á verse colocado, hallándose en presencia de los insidiosos príncipes de la Sinagoga, enemigos rabiosos del inocente Jesús de Nazareth.

—¿De qué podrán acusarle?— se decia. —¿De rebelde y sedicioso? No hay en Israel hombre mas inofensivo y pacífico, y si todos los judíos fuesen como Jesús, el ejército de Roma se hallaria de mas aquí. Es el único que podria poner nuestras armas en un grave compromiso, y lejos de predicar la guerra, no tiene palabras sino para encarecer la paz y el amor. Yo le he hecho observar de cerca y de lejos, yo he hecho seguir todos sus pasos, yo no le he perdido de vista ni un momento, hasta despues de haberme

convencido de que su mision es esencialmente pacífica, de que desdeña las grandezas humanas, de que es un entusiasta amigo de una filosofía tan sublime, tan noble, tan generosa, tan espiritual, que si yo no dudase de todo, acaso me acogeria á su doctrina, porque si es posible que haya verdad en la tierra, esta verdad debe encerrarse esencialmente en sus palabras, y en sus teorías. ¡Sedicioso un verdadero filósofo!... No, no; el filósofo verdadero, el filósofo que corre en pos de la verdad, como un niño corre en pos de una mariposa, se halla tan léjos de provocar una guerra, se halla tan léjos de motivar una insurreccion, como distante se halla de la tierra la region de las estrellas mas elevadas. Sedicioso un hombre que se ve aclamado por una innumerable multitud, y que entra en Jerusalem cabalgando la caballería mas humilde y mansa, y que léjos de prestar oidos á las aclamaciones las desprecia; que léjos de dirigirse á un palacio para coronarse, se dirige al templo para predicar la ley que los hebreos apellidan *ley de Dios*; sedicioso un hombre á quien el rey de Edesa le ofrece compartir con él el trono y lo rehusa!... ¡Los malvados sacerdotes pueden inventar otra acusacion, porque lo que es la de sedicioso tal vez sea contraproducente; quizá se convierta contra los mismos, que siendo unos sediciosos incorregibles, la presentarán contra el único que no tiene esa tacha en Israel!... ¿De qué le pueden acusar pues? ¿De blasfemo?... ¿Y qué sé yo de su ley y de sus teogonías, para que pueda fallar acerca una cuestion tan árdua como inútil? Por otra parte, ¿quién podrá sacarme de dudas? ¿Quién me dirá si es Jesús blasfemo, ó si lo son los que le acusan? Y en fin; ¿qué me importan á mí los crímenes religiosos de los hebreos, y por qué he de condenar á muerte á un hombre, que en último resultado será tan criminal

como yo? ¿Profeso por ventura la religion de los hebreos? Y si no la profeso y no soy reo de muerte, ¿por qué ha de serlo Jesús de Nazareth, si es verdad que predica una religion nueva á los judíos? ¿Y quién sabe si la religion que Jesús predica es la antigua, y la que los sacerdotes practican, quién sabe si es una adulteracion de la primitiva; quién sabe si es una artimaña de esos viles y miserables, que cargados de vicios y hechos juguetes de las pasiones, engañan miserablemente al pueblo? Si la religion mejor es aquella que inspira mas levantados pensamientos, aquella que hace mas virtuosos á los hombres, sin duda que á ser diferente de la de los sacerdotes la que predica Jesús, esta debe ser la religion de Dios máximo y óptimo, y aquella debe ser la del que ellos llaman el príncipe de las tinieblas. Lo cierto es que Jesús es perfecto y todos sus enemigos una manada de ponzoñosas víboras, que buscan siempre devorarse, y alimentarse de sí mismas, para poder reunir mayor cantidad de veneno con que emponzoñar á todo el mundo... No; ellos no le acusarán de blasfemo, porque saben que un romano idólatra les contestaria: — ¿Y á mí qué me importan las blasfemias? ¿Acaso yo que no profeso vuestra religion, no soy tan blasfemo á vuestros ojos como el que acusais? ¿Y soy acaso, por eso, reo de muerte?

Por otra parte, ¿en qué tribunal de la tierra se ha visto, que los acusados sean tratados como ellos tratan á Jesús? ¿Quién es el que tiene autoridad para martirizar á los reos, que se pretende hacer morir en un patíbulo? ¿Acaso no tiene bastante desgracia aquel á quien se va á sentenciar, que se ha de aumentar esa desgracia, cebándose en él sus jueces como si fueran perros y fieras rabiosas? ¿Dónde está la ley de los israelitas, que prescribe ó que tolera esas ac-

ciones repugnantes, esos actos que no se presencian entre las naciones mas bárbaras? Y si es verdad que dicha ley existe, (cosa que no creo), ¿qué ley es esa, y qué pueblo el pueblo para el cual se ha dictado, y qué legislador el que la ha dado?... ¡Oh! no; ¡esto no es posible! La ley que manda aquí es la de las pasiones que rigen en los del Sanhedrin, es la envidia que les roe las entrañas. Esto es una venganza de las mas infames, de las mas repugnantes; venganza llevada á cabo sin miramiento alguno, sin atender siquiera á cubrir las apariencias del decoro y de la dignidad, con que se infátuan tanto esos miserables sacerdotes, para quienes no hay mas dios, que lo mas asqueroso que arroja el corazon pudrido... ¡Y ellos pretenden convertirme á mí en instrumento de sus pasiones viles, y en juguete de sus tramas miserables! ¿Han pensado acaso que yo soy un monigote con el que se juega? ¿Han pensado acaso que Pilatos se presta á todos los manejos que sus maldades les inspiran, maldades que les hace ocurrir tan solo el espíritu de sedicion y crueldad de que se hallan animados? Se equivocan; yo he podido ser tolerante alguna vez con ellos, pero si mi tolerancia les ha hecho formar de mí un falso concepto, yo les sabré demostrar quien es Pilatos, y lo que vale la energía del pretor de Roma. Por Júpiter Olimpo, que estoy ansiando una ocasion en que el Sanhedrin pueda convencerse de lo que pesá mi mano, y de lo que vale mi poder, y si esta ocasion se me brinda hoy propicia, verémos si hago morir enclavados en una cruz, á ese necio audaz que se llama gran pontífice, porque tuvo bastante dinero para comprarme el pontificado, y á ese viejo Gamaliel, que se apellida la primera autoridad de Judá... Por de pronto que no esperen de mí otra cosa que justicia. Examinaré detallada y minuciosamente á Jesús, y si le en-

cuentro inocente, como espero, tal vez los sacerdotes, en lugar de encontrar en mí un instrumento de venganza, hallarán en Pilatos la mano de la justicia, que caerá sobre ellos hasta aplastarlos. Entonces sabrán quien soy; entonces sabrán que en Roma la justicia no se tuerce como en Israel, y que cae el verdadero criminal.

Despues de este largo monólogo, Pilatos, en lugar de sentir un poco mas de tranquilidad, se hallaba mucho mas escitado que al empezarle, y removiéndose en su cama, en vano llamaba al sueño, para que descendiera sobre sus párpados; su amado Morfeo era en extremo cruel, pues en vez de oír las invocaciones del idólatra Pretor, huía de sus ojos, dejándole en brazos de la agitacion que le dominaba.

Pilatos, por consiguiente, sintió un gran malestar, y se puso de muy mal humor, no sabiendo como desahogar su inquietud mas que maldiciendo á los sacerdotes, y jurando por Marte y por Jano hacer justicia, y vengarse de las víboras en forma humana, á quienes Israel llamaba sus príncipes.

Llegada la mañana, y apenas el alba nueva empezaba á colorear los cejales del Oriente, cuando el Pretor, fatigado y no esperando conciliar ya el sueño, dejó la cama, y dió orden á su criado, para que comunicara al centurion de servicio que el Pretor tenia deseos de verle desde luego.

El criado descendió hasta el patio del pretorio, donde el cuerpo de guardia hallábase ejerciendo sus funciones, y dirigiéndose á un hombre de arrogante y marcial talante, que llevaba por toda insignia de su grado un sarmiento en la mano derecha, le dijo:

—El Pretor tiene deseos de verte, Cornelio.

Cornelio, pues este era el nombre del centurion, paseabase entonces por los anchos y lujosos pórticos del atrio,

agitando la varita de sarmiento como si jugara con ella. Al oír las palabras del criado de Pilatos, dijo:

—Voy desde luego á ponerme á las órdenes del Pretor. ¿Dónde le hallaré?

—En sus aposentos particulares.

Cornelio habló con otro de los jefes de la guardia, pareció comunicarle algunas órdenes, y luego dirigióse al piso principal, donde estaba esperándole el Pretor.

Pilatos, con la agitacion que ya conocemos, paseaba por su suntuosa cámara, preocupado siempre por la misma idea. Cornelio entró en aquella habitacion, y con acento varonil, franco y á la par respetuoso, dijo:

—Aquí estoy: ¿qué quieres?

—¡Ah! ¿eres tú, Cornelio? Me alegro de que la casualidad haya querido que fueras hoy el centurion encargado de la guardia.

Cornelio se inclinó respetuosamente, como para pagar aquella distincion que á Pilatos merecia, y luego preguntó:

—Díme, pues, en qué puedo servirte. Ya sabes, Pretor, que Cornelio es fiel y discreto.

—Lo sé.

Pilatos entonces puso fin á sus paseos, acercóse al centurion, y le dijo:

—¿Sabes lo que pasa en Jerusalem?

—Parece que los que se dicen sacerdotes de Dios, hánse apoderado de un hombre célebre, á quien otros llaman Hijo de Dios. Sé mas; algunos soldados romanos, burlando nuestra vigilancia, han estado á capturarle, y como, segun tengo entendido, Jesús ha recibido durísimos tratamientos, es cosa que me ha disgustado mucho, y he mandado encarcelar á los soldados, que han tomado parte en tan repugnante fechoría.

—Has hecho bien... ¿Y no sabes nada mas?

—Sé que se pretende condenar á muerte á Jesús de Nazareth, y que intentan conducirle aquí, para que tú hagas ejecutar la sentencia.

—Yo no soy un juguete de los sacerdotes, y las manos de un pretor de Roma no se tiñen con sangre inocente.

—Soy de la misma opinion.

—Pues bien, Cornelio; desearia que te informaras de todo lo que pasa, y me pusieras en antecedentes, antes que ellos comparezcan aquí con el preso. Ya sé que lo que te encargo no es cosa de tu oficio, pero bien puede Pilatos suplicar un favor á Cornelio.

Pilatos alargó la mano al centurion, estrechósele amigablemente, y luego se separaron. Cornelio le dijo:

—Dentro de poco podré enterarte de todo. Los dioses te guarden, Pretor.

—La fortuna te sonria, centurion.

Cornelio salió de las habitaciones reservadas de Pilatos, encaminándose desde luego al templo, cuyo atrio, denominado *de los gentiles*, le era permitido recorrer sin profanar la casa de Dios, sin hacerse reo de muerte, ni de pena alguna.

Fácil cosa fue para el centurion Cornelio enterarse en el templo de todos los detalles de la prision y causa de Jesús, pues habia en el atrio de los gentiles un número considerable de herodianos, que si mal no recordamos, hemos dicho en otra parte que eran judíos romanizados; mas claro; eran traidores á la patria, pues trataban de convertirla en una provincia de Roma, trataban de hacerla perder la sombra de independenciam de que Israel disfrutaba aun en medio de sus invasores.

Alguno de estos herodianos, (tan enemigos de Cristo por

lo que tenían de malos judíos, como enemigos de la patria por sus aficiones romanas), refirió al centurion lo que este deseaba saber, y mas de una vez al oír Cornelio los horrosos detalles, que el herodiano visiblemente regocijado le refería, estremecíase de piés á cabeza, y la indignacion que de su alma se apoderaba, teñía de purpúreo color su rostro varonil y franco. No advirtió, sin embargo, este detalle el herodiano, porque su regocijo le obstruía todas las facultades de su alma. Si no hubiera sucedido así, á buen seguro que el traidor á la patria que hablaba con el centurion, hubiera augurado un mal éxito á la empresa, en que tan empeñados se hallaban los miserables de Israel, y que á él tanto le alegraba.

Cornelio abandonó desdeñosamente al herodiano, y mucho hubo de reprimirse para no entrar en Gazith, y apostrofar á los criminales y deicidas jueces, pero pensando que Pilatos se encargaria de vindicar la inocencia atropellada, y de castigar el crimen de los magnates de Judá, esperó á que la sentencia contra Jesucristo fuese pronunciada, para poder enterar detalladamente al Pretor de todos los incidentes de la causa.

Cuando oyó que la sentencia de muerte se leía; cuando pudo enterarse del orgullo y de la jactancia con que el fallo del Sanhedrin disponia que Jesús fuese puesto en poder del gobernador, para que este mandara ajusticiarle, su amor á Roma sublevóse dentro de su corazon, y haciendo un desesperado esfuerzo para arrancarse de allí, regresó al palacio de Pilatos, lleno de horror y de indignacion.

—¡Oh!— decia;—yo no sé como he tenido fuerza para dominarme. El orgullo de esos miserables criminales, sojuzgados por Roma, es de todo punto inverosímil. Quién creeria que sintiendo sobre su pescuezo la planta indoma-

ble del imperio del orbe, tuviese la audacia esa nacion de reptiles de fulminar de tal manera las sentencias, que se atreviera á encargar á Roma la ejecucion, como si Roma fuese su esclava, como si Roma no fuese aquí la señora de la vida de los israelitas... ¡Y este pueblo, esta manada de reptiles ponzoñosos, merece aun la compasion del emperador! ¡Cómo el águila imperial no estiende su garra, y no aniquila para siempre esta miserable raza, que es la vergüenza de la humanidad, y el oprobio del universo! ¡Cruelles!... ¡Hé ahí para lo que sirven; hé ahí en qué consisten todos sus placeres: desgarrarse mutuamente; ensañarse en los dolores de sus hermanos; oprimir al débil, burlarse del que llora, y adular hipócritamente al fuerte que les sojuzga! ¿Para qué estoy en Palestina, si el emperador no dispone que hagamos desaparecer este pueblo para siempre?

Así desahogaba Cornelio su furor, mientras que regresaba del templo al pretorio. Cuando se halló en presencia de Pilatos, el semblante de Cornelio revelaba una profunda escitacion.

Pilatos, viéndole llegar tan trasmudado, le preguntó:

—¿Qué es lo que tan profundamente ha podido cambiar la espresion de tu semblante?

—La indignacion, la ira, el odio reconcentrado que profeso á ese pueblo de Israel, escoria del mundo, y excrecencia de la humanidad.

—¿Qué has visto pues?

—Un cuadro horripilante. Los bárbaros del Ponto Eusino, los salvajes de las Galias y de la Iberia, no se hubieran atrevido jamás á hacer con un enemigo vencido, lo que ellos han hecho con Jesús, ese su compatriota, ese hombre el único inocente, pacífico y bueno de esta repugnante nacion. Yo he asistido á mil batallas; he visto mil veces el

campo sembrado de cuerpos despedazados, de miembros mutilados, palpitanes aun; esto no me ha causado ni horror ni lástima, pero el aspecto de Jesús no solo me ha causado lástima y horror, sino que ha escitado tan poderosamente mi indignacion, que á duras penas he podido contenerme. Otra cosa no me faltaba ya para odiar á ese pueblo de hienas, y para desear lavarme las manos con la sangre de sus entrañas. ¡ Oh ! Pilatos ; la dolorosa impresion que hoy he recibido no me dejará dormir tranquilo, no me dejará gozar ni un momento de paz y alegría, hasta tanto que pueda dar el pienso á mi caballo, haciendo servir de pesebre las entrañas de los judíos, despedazadas sin piedad por nuestras jabalinas.

—¿ Qué ha sucedido? — preguntó Pilatos con la mirada torba, y sintiendo que el coraje del centurion fácilmente se le comunicaba.

Cornelio refirió entonces al Pretor todo lo que habia visto y oido, y la ardorosa indignacion de aquel se transmitia de tal manera á este, que cuando el primero terminó su relacion, el segundo estaba mas indignado aun que el mismo que le refiriera las bárbaras *hazañas* de los príncipes de los sacerdotes, y de los jueces del pueblo escogido.

—¡ Cornelio ! — gritó Pilatos montando en cólera ; — esos asesinos, esos bandidos, esos miserables, no esperen de mí otra cosa que justicia. Sí ; por poco que pueda Pilatos, hoy aplastará la cabeza de algunos infames.

El semblante del marido de Claudia Prócula era en aquel momento del color del encendido manto, que prendido en uno de sus hombros con la blanca toga por un camafeo de oro figurando un águila legionaria, cruzábale graciosamente la espalda en sentido diagonal, y pasando un es-

tremo por debajo del brazo derecho, iba á replegarse en el mismo hombro izquierdo formando graciosos pliegues.

El Pretor dió algunos pasos descompasados por la habitacion, y cuando volvió á encontrarse con Cornelio le preguntó :

—¿ No dices que se disponian á llevarme el preso ?

—Sí.

—Pues bien ; torna á tu puesto, y recíbeles con el desdenoso trato, con que el conquistador recibe á los rebeldes vencidos.

Cornelio dejó la habitacion del Pretor, para incorporarse de nuevo del cargo de centurion de la guardia del pretorio. Su semblante era pavoroso, su mirada ardia. Si aquella mirada hubiese tenido el poder á la altura de la voluntad, Jerusalem en un momento hubiérase visto con todos sus habitantes reducida á pavesas.

Mientras tanto el cortejo que acompañaba á Jesús iba aproximándose, y cuando las repulsivas figuras de Anás y Onkelos, acompañando al Salvador, aparecieron en la plaza seguidas de la multitud, el centurion hizo formar la guardia, y en actitud amenazadora y hostil, salió del palacio pretorial con los cien hombres confiados á su cuidado.

—¿ Qué es eso ? ¡ Maldicion !... — esclamaron á una el fariseo y el viejo sacerdote, viendo la manera estraña y agresiva como eran recibidos.

Y los malvados empezaron á temblar, pensando tal vez si allí iban á terminar para siempre sus malditas existencias. Y mientras que Cornelio adelantaba con sus cien lanzas, ellos no sabian si dar un paso, ó si quedarse parados. Por fin resolvieron continuar la marcha, y al verlo el centurion, con voz de mando y fiera entonacion les dijo :

—¡ Alto !

—¿Qué es eso?!— volvieron á musitar los dos infames acompañantes del divino Salvador.

Y se detuvieron esperando ver en qué paraba la agresiva, altanera y humillante actitud que tomaba el centurion, por órden sin duda del Pretor.

Adelantóse Cornelio hasta colocarse á dos pasos de Jesús y de sus miserables acompañantes, mientras que los soldados permanecian en correcta formacion en mitad de la plaza.

—¿Qué queréis?— preguntó el centurion á Onkelos y á su compañero, con un acento bastante altanero y humillante.

Anás y Onkelos sintieron bastante mortificado su amor propio por las palabras y la actitud de Cornelio, y haciendo un esfuerzo, contestó el primero con bastante altanería:

—Delegados por el Sanhedrin, venimos á entregar al Pretor un reo de crímenes enormes.

—¿Y para eso os habeis rodeado de la multitud que os sigue? Por cierto que vuestra actitud no es de las mas pacíficas, ni de las que deben inspirar mas confianza.

—No podemos impedir que el pueblo sea curioso;— observó Onkelos con bastante mal humor y mas despecho.

—¿Y no habeis podido impedir tampoco que álguien se ensañara tan indigna y bárbaramente en ese infeliz?

Y señalaba á Jesucristo mirándole con horror tan desfigurado.

Luego poniendo los ojos en los dos malvados que acompañaban al Cristo, díjoles con una verdadera entonacion de desprecio:

—Por cierto que ha sido una hazaña, digna de personas como vosotros, ensañarse de una manera tan brutal en un

pobre preso, que no tiene mas defensa que su misma impotencia y debilidad.

Y luego viendo que venia tan cargado de sogas y cadenas, mirando otra vez con indignacion á los dos jueces, les dijo:

—¿Temáis sin duda que se os escapara, no es verdad? Por eso habeis procurado hundirle las cadenas hasta el hueso de las muñecas. ¡Lo repito; hazaña es esta digna por todos conceptos, de los ilustrados y humanos jueces del pueblo escogido!

Onkelos y Anás mordieronse la lengua al hallarse con aquella humillacion tan pública, pero léjos de permitir que su pecho arrojara á sus labios la ira y el despecho que les devoraba, pensaron que seria mucho mas oportuno guardar silencio, y maldecir á sus solas al centurion.

Este, dirigiéndose á Malco, que como sabemos era el que guardaba los extremos de las cuerdas y cadenas, con que el Señor venia amarrado, le dijo como si tratara con el mas degradado esclavo:

—Suelta á ese hombre, y quítale esas sogas y cadenas. En el pretorio no entra nadie así; nadie, ni aun los mas criminales. Roma tiene bastante conciencia de su poder para que sujeté de esa manera á sus súbditos, tiene bastante humanidad para no martirizar á los mismos reos de muerte.

Anás y Onkelos seguian bebiendo á grandes tragos la copa de la humillacion, que Cornelio se complacia en hacerles apurar, mientras que Malco confundido, apresurábase á soltar las ataduras horribles, con que el Hijo de Dios hasta aquel momento se hallara sujeto, desde la hora en que fuéron á aprisionarle en el huerto de Getsemaní.

Verdad es que Malco procuró, al quitar á Jesús las ca-

denas y las cuerdas, atormentarle bastante, hacerle sufrir martirios atroces, pero á pesar de todo, cuando el divino Salvador se halló libre de aquellas horribles prisiones que tan duramente le martirizaran, dando un suspiro profundo, miró á Cornelio con una mirada de inmensa ternura y gratitud.

— ¡Oh! aquella mirada tocó el corazón del generoso centurion, y señaló para él la hora de un notable cambio en su vida. La gratitud del Hijo de Dios, abría para su bienhechor las puertas del cielo.

Cornelio cuando vió tan terriblemente desgarradas las muñecas del Cristo, cogiéndole una mano y examinándola horrorizado, dijo:

— ¡Hazaña es esta digna por cierto de los humanitarios jueces de Israel! Á fe mía que los que han ordenado esta brutalidad, pueden estar satisfechos de sí mismos. ¡Qué lástima que no se hallen en Roma, donde se quita la vida á los niños que denotan sentimientos parecidos á este, con solo quitar los ojos á los pájaros para que canten mejor!

— ¡Y qué se había de hacer? El reo es de mucha consideracion, y nosotros habíamos de adoptar medidas enérgicas para asegurarle en nuestro poder; — exclamó Onkelos dando al traste ya con su moderacion.

— ¡Es natural! — contestó sarcásticamente Cornelio; — es natural. Por eso le han hundido las cadenas hasta el hueso de la muñeca; por eso se halla lleno de heridas y cardenales; por eso se encuentra tan sumamente trasmudado, que nadie de cuantos antes le vieron le conocerian ahora.

Y mientras Cornelio apoderándose de Jesús le conducia al pretorio, los soldados de Roma, formados en mitad de la plaza, tenian á raya la multitud que acompañaba á los dos malvados jueces.

Onkelos y Anás tragaban saliva, como decirse suele, y sin saber qué hacerse, y sin serles fácil coordinar ni un pensamiento siquiera, permanecieron por largo rato en aquella humillante actitud, esperando... ¿qué? No lo sabian.

Por fin Anás, rechinando los dientes con ira, dijo á su digno compañero en maldades:

— Esta situacion es insostenible, y si no procuramos imponer al Pretor, las apariencias me hacen esperar no sé qué funesto resultado.

— Es preciso luchar hasta el último momento; es preciso hacer un esfuerzo desesperado; la cuestion es ya de vida ó muerte. Si se salva el Nazareno perecemos nosotros, si perece el Nazareno nos salvamos por ahora. No es posible ya retroceder ni un paso; ó todo se pierde ó se gana todo: las humillaciones que acabamos de sufrir, revelan bien á las claras las disposiciones hostiles del pretorio.

— Luchemos, pues; — exclamó Anás con desesperacion y con infinita rabia: — si caemos sea con honra y como corresponde á los héroes; si triunfamos, acaso hayamos dado el primer paso, hácia la emancipacion de la escandalosa tutela que nos enfada y nos humilla.

Después volviéndose á Malco le dijo:

— Ves inmediatamente al templo, dí á los jueces que la salvacion de Israel peligra, y que es absolutamente necesaria su presencia aquí.

— Pero... — balbuceó Malco, como deseando que el viejo pontífice aclarara mas la mision alarmante que debía llevar.

— Anás lo manda: — dijole con una verdadera entonacion de déspota irritado.

Malco tan humilde con los déspotas, como era orgulloso con los humildes, partió corriendo en direccion al templo,

sin atreverse siquiera á murmurar para sus adentros del despotismo del viejo malvado.

Mientras tanto, el público que rodeaba á Onkelos y á su compañero empezaba á murmurar, y viendo la actitud agresiva de Roma, tal vez algunos intentaban ya volverse á sus casas, y desistir de continuar prestando á sus tiranos su cooperacion, cuando Anás y el fariseo, que notaron las disposiciones de la multitud, temieron hallarse solos en presencia de Pilatos, y resolvieron hacer un esfuerzo supremo para conservar á su lado al pueblo, que por entonces era toda su fuerza y su escudo.

Al efecto, introdujéronse entre las apiñadas masas, y como conocian perfectamente la infalible manera de interesarlas, procuraron aprovecharse de aquella ciencia que tan perfectamente poseian, y pintando al pueblo lo que podia resultar en contra de la independenciam de la patria, si desistían de aquel empeño, no solo retuvieron á sus partidarios en torno suyo, sino que escitaron verdaderamente sus iras, tanto en contra de Jesús, como en contra de Roma, á la que detestaban con todo su corazón los israelitas.

CAPITULO III.

En presencia de Pilatos.

Jesucristo fue conducido con todo miramiento por Cornelio á la presencia del gobernador romano de la Judea, y ora fuese por simpatía misteriosa, ora fuese por un sentimiento humanitario y de dignidad, ora fuese tambien para

contrariar hasta en esto á los hebreos, el centurion trató á Cristo de una manera, que contrastaba grandemente con la que los sacerdotes le habian tratado.

Fácil es que estas tres causas juntas moviesen á Cornelio; pero atendidos sus sentimientos generosos, su carácter recto, y la admiracion que le causaba el Nazareno divino, es muy probable que obrara por mucho en él el sentimiento de simpatía, que le inspiraba la inmaculada grandeza de Jesucristo.

Y así llegaron á la sala del tribunal, donde Cornelio esperó, acompañando al Señor, que Pilatos se presentara.

El pretor no se hizo esperar mucho. Deseaba conocer á Jesucristo, y si el motivo que conducia allí al Señor no fuera tan lamentable, á buen seguro que Pilatos se alegrara de tener ocasion de conocer á un hombre de tanta, tan grande y tan merecida fama.

Pero Pilatos, con todo y ser idólatra, tenia sentimientos mas nobles y generosos que los malvados, que en Israel se llamaban sacerdotes del verdadero Dios, y viendo á Jesucristo tan infamemente martirizado, sintió que el horror y la indignacion volvian á apoderarse de su corazón, y no pudo contener un ¡ah! de sorpresa y de lástima á la vez.

Y luego de haber contemplado por algunos momentos al Salvador del mundo, volviéndose á Cornelio le dijo:

— Esto no parece obra de hombres, sino de espíritus infernales. No es posible que la humanidad trate de esta manera á sus semejantes!

Y movió por unos momentos su cabeza, como si le costara convencerse de lo que estaba viendo. Despues dijo como si hablara consigo mismo:

— ¡Prócula tenia razon!

Mientras tanto, Jesús, con la cabeza humildemente in-